

de enigma a sus ojos tristes y el acento musical a su voz lejana.

Con «Viaje de luz» nos hemos enfrentado a la personalidad de una artista por excelencia, que surge de nuestro medio literario, decidida a imponerse a fuerza de constancia y esfuerzo de superación. Ya lo hizo antes, con singular acierto su simpatía personal.—E. S. N.

<https://doi.org/10.29393/At248-47YJMM10047>

YO, EL JORDÁN, MEMORIAS DE UN RÍO, por *Alejandro Vicuña*

Muchos, muchísimos ríos de la Tierra sobrepujan al Jordán, biografiado más que descrito por don Alejandro Vicuña, en el largor de su curso, apenas de 215 kilómetros en línea recta, en el volumen de sus aguas, número de sus tributarios, hermosura de sus márgenes, riqueza y amplitud de sus cuencas, abundancia y lujo de las ciudades y habitantes beneficiarios de su fertilidad y recursos económicos.

Y, sin embargo, es el más célebre de la hidrografía mundial, así por su historia como por el origen geológico de su cauce, abierto en la epidermis de la corteza terrestre durante la época terciaria por las mismas fuerzas tectónicas que formaron al Mar Rojo su lecho y partieron, también en el sentido de los meridianos, el interior del Africa.

Deslízase el río por una fractura rectilínea, cuyo fondo desciende de 0 a 900 metros bajo el nivel del mar. La convulsión física a que debe su existencia, junto con el Mar Muerto, millones de años más antiguó que la pavorosa leyenda inspirada por su aspecto a la fantasía humana, tiene en la historia un eco formidable. Su valle triste y profundo, huella eterna de movimientos antiquísimos y gigantescos, fué en al período histórico testigo de la misteriosa y dramática hipóstasis que, dividiendo en dos la evolución del linaje humano, estremeció y transformó la faz espiritual del mundo.

Vicuña, después de cincelar en los once años anteriores una docena de semblanzas, registradas ya con honor en los anales literarios y religiosos de nuestro país, tiene la feliz y original idea de convertir un detalle de la Naturaleza en un ser humano, incorporándolo en la vida orgánica con las regias dádivas de la memoria, dotada en este caso, del insigne privilegio de conservar sólo recuerdos memorables, y la elocuencia, atributo casi siempre de un gran intelecto.

Al transformar el Jordán en un ser viviente, observador sagaz y filósofo de fuste, obtiene—«¡oh verdad de la mentira!»— triunfos inesperados, como Richardson, cuando redactando los últimos tomos de su larguísima y entretenida novela «Clarisa Harlowe», recibía cartas en que se le suplicaba salvase a su heroína de las garras del disoluto Lovelace. Alguien hubo tan dispuesto a defender como realidad el recurso de la fantasía, que, negándose a ver en el ingenioso parlante un simple testafarro del autor, reprocha a éste ciertas inverosimilitudes destructoras de sus ilusiones. Censura con encantador denuedo se haya puesto en boca del Jordán, referencias a hechos que nunca, en su erudita opinión, pudieron llegar a su conocimiento. El íntimo alborozo de creerlo prójimo nuestro desaparece, según él, al oírle hablar de su colega el Ganges, también sagrado, aunque pagano, y, entre tantas otras cosas singulares e instructivas, del sangriento téocali de Tenochtitlán. Admite el prodigio de que un río hable y razone, generalmente muy bien; pero de ningún modo que sepa lo que pasa en otras partes del mundo. ¡Tal es el poder evocador de Vicuña!

Su talento y ciencia geográfica no son menores. Un catedrático del remo podría evitarse el trabajo de describir el maravilloso río recomendando a sus alumnos el estudio de la fluvial memoria. El mismo aprendería en ella a hacer monografías exactas, interesantes y completas, felices contubernios de la geografía con la historia, de otros grandes ríos de nuestro pla-

neta. Los conocimientos aislados e indigestos se animan y vivifican mutuamente en una especie de simbiosis espiritual.

La descripción física del río es sabia, pintoresca, insuperable. Tres raudales, de nombres ingratos y esquivos a la memoria, bajan ágiles y contentos, felices de que el sol los haya emancipado de la nieve, por los flancos del monte Hermón, extremo sur del Antilíbano. Los tres, reunidos en uno solo, el Jordán, evocan su vida anterior. Como nubes ligeras y proteicas, ostentaron en el cielo una infinita fantasía. En su deleitable peregrinaje por el éter se creían libres, cuando eran el juguete de la temperatura y el viento. Es tan hermosa la libertad, tan intenso el placer de sentirla, que los astros, los elementos, y el hombre se regocijan sólo con sus apariencias. (Léanse en el libro de Vicuña, páginas 22 a 25, su poema a las nubes, digna de un gran artista).

El hielo, al contrario, representa el orden, la previsión, la economía; se da aires de benefactor, y somete, antipático y odioso, al agua, que supone haber gozado como nube del libre arbitrio, a una intolerable, aunque aparente inmovilidad y esclavitud. El río entona al sol un himno por haberlo librado de la pétrea tiranía de la nieve, convirtiéndolo en agua, eterna vagabunda, inquieto remedo del espíritu, que, como él, se introduce en todas partes, corre, se hunde o evapora, no se detiene hasta perderse en el abismo o en la eternidad.

El amor al agua, símbolo de independencia, franqueza, movimiento incesante, aseo y purificación, arranca a Vicuña acentos de un elevado lirismo. La serenidad de las aguas, dice,—abrevió y modificó un poco—procede de su continuo mirar hacia las alturas. La luz envuelve a los seres en una atmósfera de perfeccionamiento y les inspira el anhelo del bien y la belleza. El hombre se sustrae de ordinario a tan divino estímulo: en vez de abarcar con sus miradas toda la bóveda del cielo, se preocupa sólo en la exploración del camino, en ver lo que se

extiende al frente suyo. Pondera la belleza de los crepúsculos y no admira las infinitas variedades de la luz durante el día».

Los tres componentes del curso superior del Jordán, únicos que desde la tierra divisan la suspirada meta del Mediterráneo, son en su trayecto, alegres, vivaces y rápidos como la juventud. Pronto pasan a la realidad, en un llano de tierras esponjosas, donde se pierden en una marisma para reaparecer en el lago Huleh, cuya superficie aun está unos cuantos metros sobre el nivel del mar. Aquí el río desarrolla sus fuerzas viriles. Labra en el dique de lava que le cierra el camino una larga y angosta garganta, y se precipita de súbito en la tremenda zanja separando el desierto sirioarábigo de la Palestina. Es el destino a que están condenados tanto el hombre como los fenómenos de la Naturaleza. ¡Adiós planes de gloria y poderío y la dulce esperanza de confundirse con el océano al fin de la jornada!

Al descender 400 metros en su ruta de 200 kilómetros bajo el nivel del mar, es decir, antes de su honroso fin, presentido por él, en la tumba del lago Salado o Asfaltitis, la alegría, la esperanza y el dolor alternan en su vida como en la existencia humana. Reflejará en su linfa las fértiles márgenes, las risueñas colinas y aldeas de llago Genezareth o Tiberíades. Después dará mil vueltas y rodcos por el lago pazadizo del Ghor, sea creyendo poder escapar a su destino, sea para advertir mejor sus riberas entre los altos barrancos que a cierta y variada distancia lo limitan y esclavizan. En ellas alternan el bravío matorral, refugio de aves y bestias salvajes, el desierto hostil y el campo de cultivo hospitalario y ubérrimo. En uno de estos se cortó en un día histórico el enorme racimo de uvas que, colgado de un palo, apenas dos hombres pudieron llevar a Josué, caudillo de Israel, como muestra de feracidad de la tierra prometida.

Detente, ¡oh río! en tus hábiles y sinuosos meandros a contemplar la belleza del mundo. Tus días están contados para

las ondas que sucesivamente arrastras. La aspiración de confundirte con el mismo océano de donde provienen tus aguas será defraudada. En vez de una limpia sepultura tendrás una fosa de azufre, cloro, bromo, sodio, asfalto, en la cual tus aguas, líquido santo de la purificación, ahora pesadas, silenciosas y desiertas, serán la imagen del castigo y la cólera divina. Sólo disminuirán el horror de esa morada por excelencia de la muerte, donde no existe el más leve rastro de vida orgánica, el azul obscuro de sus aguas, las tempestades con que el viento norte suele encresparlas y la impresionante majestad y tristeza de sus altos y calcinados bordes. Nadie la visitaría si sus ricos depósitos de sal y asfalto no atrajeran a este sitio desolado al judío codicioso o al ávido beduino.

Todo lo anterior es el escenario de la obra de Vicuña, construido, con fiel respeto a la verdad científica, mediante una artística, maravillosa y bien disciplinada fantasía. Ahí representará con igual o superior belleza y talento, asociando, como deben siempre estarlo, la historia y la geografía, dramas inmortales. Nos mostrará en los faldas del Hermón el odioso sacrificio de un niño en los altares de Baal; el fanatismo de solitarios y ermitaños que en raptos de locura ascética, cubren sus cuerpos de llagas sanguinolentas; las alegres fiestas en honor del dios Pan, cuyos adeptos vivían bajo la bóveda de una gruta, hoy destruida por un terremoto, muy cerca del sitio en que Cristo fundó en la cabeza de Pedro la suprema jerarquía de su iglesia. Anima los pantanos y el lago Huleh con el desfile de la pintoresca y larga caravana de Abraham, procedente de Ur, en la Caldea. El patriarca, tronco de incontable descendencia, baja del camello que dobla sumiso las manos para facilitarle el descenso, ante la tienda levantada por sus servidores.

Repite frente al lago de Genezareth el sermón de la montaña; comenta otros pasos ahí ocurridos de la vida de Cristo:

y cuando a la altura de Jericó, en el Jordán, caen sobre la cabeza del Mesías las aguas del bautismo, alude a la paloma portadora de un mensaje de pureza y amor, y nos parece oír, pronunciada en lo alto por labios invisibles la divina salutación y reconocimiento.

El gran taumaturgo literario no olvida ninguna escena de mérito artístico o significado moral. Para citarlas todas, sería preciso copiar el libro entero. Dejamos al lector esta grata tarea. Admirablemente interpretado, nos pareció el episodio de la mujer adúltera. «Y nadie supo lo que Jesús trazaba con el dedo en el polvo, mientras los hipócritas acusadores abandonaban el campo avergonzados». Tal vez el Dante lo adivinó en este terceto de la «Divina Comedia» sobre los culpables amores de Paolo y Francesca de Rímini:

«...oh lasso,
quanto disio, quanto dolce pensier
meno costoro al doloroso pass!»

(¡Oh tristeza! ¡Cuántos deseos, cuántos dulces pensamientos, condujeron a éstos al doloroso trance!).

Vicuña incita a saludables reflexiones cuando, elevándose sobre vulgares prejuicios, asume la dignidad de juez y filósofo para describir la naturaleza humana, a quien quisiera ver libre de lacras y debilidades. Sin miramiento alguno, sordo al propio interés y legítima ambición, dictadores casi siempre absolutos de los actos humanos, fustiga el fanatismo, la hipocresía, la astuta preferencia dada al simulacro sobre la realidad de la virtud, el elogio ostentativo de principios morales, nunca respetados en la vida diaria. La parábola del samaritano (pág. 176 a 184) es una tremenda invectiva contra los fariseos y sacerdotes, egoístas, crueles y mundanos, de todos los tiempos.

El señor Vicuña tiene razón, El sermón de la Montaña está impreso como una hermosa teoría en la conciencia de los hombres; en la práctica parece escrito sobre aguas del mar de Galilea. No se me critique, pues viene muy al caso, que repita mis propias palabras dichas en una ocasión reciente: «La experiencia demuestra que el hombre acepta, gustoso y afable, que se le redima: por ningún motivo que se le corrija».

El señor Vicuña está muy lejos de ser un misántropo, Si lo fuera, no sacrificaría todo, su tiempo, su talento, hasta sus legítimas aspiraciones, por corregir los defectos humanos. Sabe muy bien que la raza a que pertenece contiene la imagen de Dios y ha sido formada a semejanza suya; que cuente en su haber, si se hace un buen balance, más virtudes que vicios; que luce su esplendor nativo en el niño y casi siempre en el joven, y produce en la edad viril y en la vejez, en todos los órdenes de la actividad, frutos de bendición cuando tanto el adulto como el anciano no derrochan o malogran las innumerables y valiosas dádivas colocadas por la Naturaleza en la cuna de cada hombre. No: nunca podrán afiliarse a Vicuña en la estéril escuela de los misántropos. Sólo uno me atrae, el Alceste de Molière, personaje imaginario, o mejor dicho, reflejo de las excelencias del gran espíritu que le engendró para la inmortalidad.

En vez de odio, arde en Vicuña la misma llama que encendía, en beneficio del pueblo, lejos del templo, de sus prácticas vanas, de la fuerza inmovilizadora de su culto maquinal, el corazón de los profetas de Israel. En los tiempos bíblicos, habría defendido, como Amós, Ezequiel e Isaías, el genuino concepto de la alianza con el cielo; durante la génesis del dogma cristiano hubiera hecho suya el glorioso anhelo de tantos hombres eminentes de mantener incólumes los fueros de la lógica y la dignidad de la razón humana.

La obra del señor Vicuña, aguinaldo de Pascua a sus compatriotas en 1945, es, como todas las anteriores, un tesoro de

doctrina, sabiduría y ejemplo. Resume, ilustrándonos con amenos artísticos comentarios, los eternos aforismos de la moral. Expone en deslumbradoras síntesis parte de su inmenso saber en la ciencia de la vida y la naturaleza. Y, como último atractivo, refleja en el valioso escrito su espíritu culto, franco, independiente, ávido de verdad y de justicia.—JULIO MONTEBRUNO LÓPEZ.